

Primeras confidencias

Marchó y seguí su planta cautelosa.

DANTE, (*Infierno*, Canto I)

1. Por la época en que conocí a Virgilio Piñera el tiempo de su esplendor literario había pasado, su nombre se había hecho impronunciable y, si se llegaba a mencionar, se lo hacía por lo bajo, con rencor, con miedo o con burla, y trazando en el suelo una cruz de silencio y de ceniza. La fama de demonio que siempre lo acompañó y que en cierta forma él propiciaba y disfrutaba, llegó a ser una condena. Su demonismo dejó de ser el demonismo «clásico», por decirlo así. Ser *demonio* ya no tenía la gracia, el aura mágica que hoy nos sacraliza los nombres de Rimbaud o de Baudelaire. Fue un momento en que la frase «escritor maldito» tenía un peligroso énfasis político en el adjetivo. Años en que él mismo decía en broma, pero con absoluta seriedad, que había dejado de ser una persona para convertirse en fantasma, y gustaba de citar la célebre definición de Joyce según la cual fantasma es alguien deshecho en impalpabilidad por muerte, por ausencia o por cambio de costumbres.

Yo, lo confieso, tuve miedo de conocerlo. Decliné durante meses la invitación tentadora. Ahora me doy cuenta de que no hubo nada más fundado que ese miedo, aunque me equivocara radicalmente en las causas que yo creía lo provocaban. Entonces me inquietaron los problemas que en el orden social él podía acarrear. Hoy sé que no fueron ésas las consecuencias más importantes.

2. Lo conocí una noche de finales de julio. La casa, que él visitaba sábado por sábado, estaba en Mantilla y resultó un lugar de sorpresas. El primer asombro: la casa misma, alzada apenas en medio de un jardín como no recuerdo otro. Tantos y tan variados los árboles, al trasponer la verja resultaba muy viva la impresión de que marchaban sobre

A b i l i o E s t é v e z

la casa. Allí, además, había vivido Juan Gualberto Gómez los últimos años de su vida. Ese nombre prestigiaba cada rincón. Por su parte, los Ibáñez Gómez, descendientes de Juan Gualberto —en especial su hija Juanita—, habían sabido mantener el prestigio y agregado a la quinta de Calzada de Managua un aire de feliz vigilia, de fiesta permanente. Recibos diarios, banquetes para celebrar cualquier aniversario, exposiciones de pintura y hasta funciones de teatro habían tenido lugar en la casa más alucinante que uno pudiera imaginarse en La Habana.

Esa noche de julio, cuando me vi rodeado de libros y cuadros oscuros, cuando vi el gramófono sobre el que se elevaba una montaña de discos, y los muebles que en otra época debieron ser elegantes, sentí como si el viaje a lo largo de la ciudad habanera hubiera sido en verdad un viaje al otro lado del tiempo.

Alguien me hizo pasar a una terraza cuyo techo era un tejido de enredaderas. En el centro de un cerco vegetal que parecía escenográficamente dispuesto, había un círculo de personas. El lugar se hallaba resaltado por una luz que escapaba en diagonal desde las hojas del techo y se perdía entre los helechos del suelo.

Allí estaba. Nadie tuvo que presentármelo para reconocer el perfil aguileño, agresivo, que tenía el extraño poder de desconcertar. La frente amplia se arrugaba en un gesto de cinismo o de sorpresa que le abría los ojos de un modo especial —ojos pequeños, inteligentes, que se movían incisivos y burlescos. Aquella cara *tenía que ser* su cara. Cualquiera que hubiera leído «El caramelo» tenía que imaginarlo así, magro y no muy alto, con las facciones desagradables, la nariz grande y curva —cuya forma se acentuaba por la ausencia de barbilla—, los labios carnosos y los dientes descuidados. Cualquiera que hubiese leído *Electra Garrigó* lo habría imaginado con la sonrisa hiriente y la frase justa, habría *visto* de antemano su imagen de hombre fuera de moda, que parecía vestido para pasearse por La Habana de mil novecientos cuarenta. Sí, tenía anticuado el aspecto y hosca y resuelta la fealdad que contrastaba con la languidez de los gestos.

Sentado en un sillón —después supe que siempre se sentaba en el mismo—, las piernas cruzadas, un brazo recostado en el respaldo, el otro acomodado en el brazo del mueble, permanecía silencioso y daba la impresión de estar aburrido o hastiado. Ni siquiera parecía prestar atención a la conversación de los demás. A veces levantaba los ojos y suspiraba; a veces se dedicaba a acariciar con los dedos de la mano derecha la palma de la otra.

La noche no tenía encanto. No se distinguía de otras noches de salón, con sus brillos y trivialidades, con sus conversaciones de cohetería artificial. Se pasaban vasos de té frío, champolas y dulces, y se tocaban cuantos temas son posibles en reuniones como éstas, y se hacían chistes más o menos simpáticos a los que se debía más o menos sonreír. Todo eso, es decir, nada, sucedió mientras él estuvo mudo en el sillón. Pero hubo un momento en que la imagen de hastío desapareció y aquel hombre abandonó su cansada postura y se irguió en el asiento, rompiendo con una sonrisa las sombras que se dibujaban en su cara. La expresión no fue de abulia sino de triunfo. De él emanó una fuerza,

una vitalidad sorprendente. De modo único narró varias historias donde el ingenio y la imaginación se mezclaban felizmente, y cambió el rumbo de la noche de modo radical.

Luego supe que la brillantez con que aquellas historias habían sido contadas, tenía lugar en el proceso de un rito: levantar el ánimo de la noche y preparar el siguiente golpe de efecto. Las historias, que contaba todos los sábados, no sólo divertían por el magistral sentido de narrarlas sino que tenían un objetivo trascendente: crear una avidez nueva. Nadie podía después resistirse a pronunciar la palabra «lectura». «Lectura, maestro, lectura». Y él hacía silencio, y las miradas de los presentes se clavaban en él, que se ponía de pie, avanzaba por la terraza «no, no tengo deseos de leer, no leeré esta noche, tengo la voz afectada», al tiempo que extraía los papeles del bolsillo y los elevaba al nivel de los ojos.

Esa noche —mi primera noche— me vi inesperadamente en el mundo de Fliglar Sánchez, un mundo donde Gertrude Stein convive con María Antonieta, donde Amenophis IV prepara un safari en honor de Hemingway y Cecil B. de Milles ve con insistencia su propia imagen en una pantalla cinematográfica. Un mundo donde cada día se guillotina a Robespierre, y Chopin es a veces George Sand y ella a veces Chopin, y siempre, al final de cada página, se escuchan «las notas, de una salvaje belleza, del Impromptu en Fa».

Esa noche —mi primera noche— no conversé con él, o mejor, él no conversó conmigo. Ni siquiera pareció darse cuenta de que yo existía. Acaso al final, a punto ya de retirarnos, como quien ofrece una dádiva, se dirigió a mí un instante para preguntar: «¿Y tú eres de Camagüey?», y volverse antes de que yo pudiera darle una respuesta. Para mí, en cambio, no existió nadie más. Cuando trato de reproducir lo que sucedió esa noche, sólo puedo recordarlo sentado en el sillón y escucho la voz metálica, la risa sarcástica y las frases tensas y cortantes. Lo demás es silencio.

3. Más que las historias en sí mismas, el modo de contarlas me había perturbado y deslumbrado. Hundido en la simplicidad, en el primitivismo de mis veintidós años, comprendí que una puerta se estaba abriendo al tiempo que otra comenzaba a cerrarse. Resultará extraño, pero todo lo que yo experimenté esa noche se vio asociado a una serie de sentimientos paradójicos que, siendo opuestos, se superponían en un solo y grande descubrimiento: la literatura.

Entonces comenzó la obsesión. Con el patetismo y la pasión propios de mi edad, me hice *habitué* de las noches insólitas de la insólita casa de la Calzada de Managua. Tuve la suerte de que los Ibáñez Gómez me aceptaran con bondad. Pero él se mostraba receloso. Yo me parecía al amante sin ilusiones. Pasaba los días esperando que llegara el sábado en que lo vería y le haría preguntas a las que él respondiera de mala gana y sin mirarme a derechas.

Así fue hasta la noche en que le llevé el consabido cuadernito de poemas con la consabida petición de que lo juzgara. Recuerdo que lo aceptó con resignación y sin cortesía y que al sábado siguiente reapareció con una sonrisa que no podía evitar. Antes de que la conversación comenzara a organizarse, se

volvió hacia mí. «Ven acá». Puso una mano de dómine sobre mi pobre manuscrito y exclamó: «Hacía tiempo que no me divertía tanto». No sé si pude preguntar por qué. «¡Qué afán el tuyo de que te crean culto! ¿Tú crees que la poesía se hace con citas?» Y con gesto nervioso comenzó a hojar el libro que estaba lleno de subrayados en rojo. «Tú no quieres escribir, tú quieres impresionar. Pero por este camino sólo impresionas a los imbéciles». Hizo un silencio que a mí me pareció la eternidad. Levantó una mano y permaneció como reflexionando. «Sin embargo... No sé. Aquí hay algo». Y me devolvió el libro. Herido en mi amor propio, tomé la decisión de no regresar nunca, de no verlo más. Sólo que esa misma noche sucedió algo completamente inesperado. En el momento en que íbamos a retirarnos, me alargó un libro. «Lee esto», ordenó. «El sábado que viene conversamos». Se trataba de un ejemplar antiguo y manoseado de Rilke: *Cartas a un joven poeta*.

4. He oído después historias de otros que, como yo, se acercaron a él con el propósito de encontrar a un guía en un ámbito donde los guías son prácticamente imprescindibles. Me han dicho que sólo recibieron burla y humillación, que fueron destruidos con una frase ingeniosa y que, por supuesto, se retiraron desalentados. Pienso: si se fueron sin perseverar no pasaron la primera prueba. No estaban preparados. Con él sucedía que luego del sarcasmo y la impiedad, se encontraba al hombre generoso que leía paciente los manuscritos titubeantes y que organizaba las lecturas y buscaba libros que pedía prestados en bibliotecas privadas a las que el aprendiz no tenía acceso; se encontraba al hombre que mostraba en acertijos de esfinge —tenía una mayéutica bastante personal— muchas de las claves de su «oficio».

Pero más que todo, si hubieran perseverado y adivinado que no se trataba más que de un llamado a la sencillez, a la humildad, hubieran descubierto lo más importante: el ejemplo de su propia vida.

5. Vivía solo en un apartamento casi vacío. Me sorprendí de encontrar muy pocos libros en aquella casa desnuda. «Yo tengo cien libros», recalcaba. No sé si llegarían a cien los ejemplares que se agrupaban con cualquier orden en el librerito gris e insignificante que había en una esquina de la sala. En las paredes no había cuadros de pintores famosos. El mobiliario —si es que se puede usar esa palabra— se limitaba a dos sillones pintados con laca beige y cojines rojos, bastante maltratados, y una cama sobre la que se organizaba la papelería. En el cuarto tenía la cama, una butaca raída, una larga mesa con la máquina de escribir y una lámpara. Nada más. «Lo suficiente». agregaría él.

Su día podría describirse con unas cuantas frases: se levantaba de cuatro a cinco de la mañana para escribir o traducir. Trabajaba hasta las diez o las once, de acuerdo al entusiasmo. Luego se daba un salto a las panaderías o a los puestos de vianda armado con un bolso de saco o un pomo de café frío. Almorzaba de once a doce. Dormía hasta las tres. Leía hasta las seis. Al anochecer, se iba a jugar canasta —su pasión frívola—, o a visitar a Olga Andreu o a conversar con Antón Arrufart que, según decía, era uno de los pocos que

conocían los placeres de la conversación. Contada así, su vida parece de una monotonía perfecta. No es lo que podría decirse la vida de un escritor. Ni congresos ni conferencias. Una amiga mía, que lo conocía sólo de vista, solía observarlo mientras hacía la cola de la carnicería preguntándose si aquél era verdaderamente el autor de *La carne de René*.

Pero el hombre del bolso de saco y el pomo de café, que no asistía a congresos ni a conferencias y a quien nadie se acercaba para alabarle una página era uno de nuestros mejores escritores. Para él no había dicotomías, dualidades posibles. No asistía a congresos ni a conferencias, no tenía una corte de admiradores, pero de él podía afirmarse que había logrado entre la literatura y la vida una armonía perfecta. Junto a él uno sentía que desaparecían los límites que artificialmente separan la vida de la creación. Al acto más ingrato lo convertía en hecho sorprendente. Su fe no conocía límites. Para él la realidad no tenía sentido sino como materia literaria. Vivía únicamente en el punto de vista del demiurgo. A su lado, lo primero que se alcanzaba era el sentido de la consagración: saber entregarse de modo casi religioso a la construcción de la obra y saber destruir el mundo de todos los días para levantar en su lugar las paredes de la imaginación. Me atrevería a asegurar que estaba convencido de que el logro de un escritor se encontraba más en esa actitud que en la mayor o menor calidad de la obra. «Entre Marcel Proust y yo», solía decirme, «podrá haber las distancias que tú quieras, pero a los dos nos iguala la pasión con que nos hemos consagrado».

Esa pasión tenía, por supuesto, un precio. Desde muy joven, desde que llegó de Camagüey a la capital con unos cuantos manuscritos bajo el brazo, ya tenía claros los propósitos y la rígida moral que esos propósitos implicaban. Por la literatura vivió en los peores cuartuchos de La Habana. Por la literatura conoció el hambre. Tuvo días de no tener siquiera el dinero para comprar el periódico donde había publicado. Vendiendo sus únicos trajes, fundó la revista *Poeta* de la que sólo pudo publicar dos números, y con la que pretendía sacudir el ambiente cultural cubano que consideraba dormido. Por la literatura polemizó y batalló. Por la literatura fue atacado. En nombre de la moral llamó las cosas por su nombre cuando un crítico trató de convertir en idilio heterosexual los dos grandes poemas de Emilio Ballagas. En nombre de la moral escribió en 1943 su descarnada «Isla en peso», que algún día se reconocerá como uno de nuestros poemas más esclarecedores. En una oportunidad rechazó la beca que quiso darle Gastón Baquero, que, además de extraordinario poeta, era poderoso jefe de redacción del *Diario de la Marina*, cuando éste le exigió eliminar las declaraciones homosexuales de su autobiografía.

Su pasión le buscaba enemigos entre los defensores de la moral burguesa y de aquéllos que no entendían —o no entienden— que cultura es polémica y lucha de ideas.

Por la literatura, por fidelidad a su concepción de la literatura, al sentido moral que en ella veía, conoció finalmente la marginación durante «el quinquenio gris» (que para él fue un decenio).

Él hubiera podido decir —rectificando a Oscar Wilde— que no sólo había libros bien o mal escritos, sino además libros morales e inmorales. Su moral se basaba en el desenmascaramiento. búsqueda desesperada de la verdad que podía esconderse tras las máscaras sucesivas que nos imponen las circunstancias y nos imponemos nosotros mismos. «La máscara», decía, «transforma al hombre en *cosa* y como *cosa* no puede expresarse genuinamente». Como le horrorizaba el *larvatus prodeo*, como le horrorizaba el autómatas que, cuando habla, aun sin darse cuenta, no hace más que mentir, concedió a la literatura el papel principal en el proceso del desenmascaramiento. Todo buen libro, trató de decir, debe mostrarnos al otro que somos bajo nuestra máscara diaria. Aquel demonio, aquel hombre con *le diable au corps*, era en verdad un moralista que creía en la literatura como uno de los caminos para acercarse a la verdad.

No lo vencieron los años de enfrentamiento, no lo venció su propia rebelión que a veces lo llevaba a una zona de oscuridad donde parecía perderse y de donde siempre resurgía con visión y credulidad renovadas. Su creencia en los poderes catárticos de la literatura continuó siendo la misma de su adolescencia. Nunca desapareció su fe.

6. Yo, que tantos recuerdos guardo de Virgilio Piñera, que lo vi casi a diario durante los últimos cuatro años de su vida, que paseé con él La Habana que tanto amaba, y lo veía en casa de amigos comunes para hablar de libros y jugar al dominó, lo recuerdo, sin embargo, como nunca lo vi.

Cierro los ojos. Es muy temprano, todavía de noche. La ciudad está en silencio. Veo un cuarto iluminado por la lámpara de luz fría. El está sentado a la mesa, frente a la máquina de escribir. El cuarto es caluroso y hostil, pero él escribe. Escribe. Lo veo escribiendo. A pesar de que no habrá editor para esos libros. A pesar del rencor. A pesar del resentimiento. Con obstinación y sin rabia, escribe. Escribe. Su único objetivo, su única justicia es escribir.

Luego se levanta. Fuma. Va al balcón. Sobre la ciudad, amanece. En la máquina de escribir ha quedado una página más. Sobre la cama de la sala, ocho libros inéditos. El sonrío. ¿Estará satisfecho?

Se viste y sale a la mañana con la conciencia de que ha cumplido un destino y ha sido fiel a su pasión. Se aleja silencioso. Lo dejo de ver. Desaparece. Ha dejado dicho que en ángel y demonio muerto seguirá por esas calles. Pero sé que no es un fantasma ni se ha deshecho en impalpabilidad porque ahora mismo, que la solemnidad me vence al recordarlo, me observa travieso y divertido, y una carcajada colosal destruye la estatua que he querido levantarle.